

BERNARDO VELA ORBEGOZO

*Heródoto o Tucídides. Una interpretación de las dinámicas sociales soberanistas que han vuelto a prevalecer en el siglo XXI*

*Herodotus or Thucydides: an interpretation of social dynamics in the pursuit of sovereignty that have reemerged in the 21<sup>st</sup> century*



## RESUMEN

El trabajo de los historiadores griegos más reconocidos pone en evidencia que las *polis* actuaban con una estrategia dirigida a acumular fuerza suficiente para sobrevivir y, además, que la sumatoria de los comportamientos de todas las *polis* dirigidos a acumular fuerza para sobrevivir las conduce, como un destino trágico –o como una paradoja inexorable– a su propia ruina. Esta reflexión se ha aplicado a los tiempos modernos y, en este sentido, quienes siguen a Tucídides, atendiendo sus designios referidos a ponderar solo los hechos observados y, en consecuencia, a la necesidad de excluir las creencias metafísicas, las referencias a los mitos propios de la cultura de su pueblo o, en fin, los valores como la justicia o la solidaridad, sostienen que en el orden global estadocéntrico y anárquico que prevalece en el mundo moderno, el comportamiento de los Estados-nación está movido por una *racionalidad* derivada de la interdependencia y el *soberanismo* y, en consecuencia, fundada en la desconfianza recíproca. Esta *racionalidad*, concluyen los *realistas*, los conduce de manera inexorable a la guerra.

Los seguidores de Heródoto y, en general, quienes asumen las posturas *idealistas* del pacifismo, afirman en el mismo sentido que el mundo moderno está determinado por esa *racionalidad*. No obstante, no excluyen las razones de justicia con las que Sócrates enriqueció la filosofía de la época y, desde esa perspectiva, sus análisis, además de constatar la atroz realidad de la guerra, pueden realizar una crítica de la estructura y de los paradigmas que prevalecen en el orden global *estadocéntrico*, anárquico e inestable en el que la guerra es inminente y, en consecuencia, pueden proponer la construcción de un orden global diferente. Esto explica que tras la denominada segunda guerra mundial, los literatos, los filósofos, los políticos, los juristas y los economistas más destacados del mundo contemporáneo propusieran unas nuevas instituciones para limitar la soberanía. No obstante, para alcanzar la paz era necesario, además de mantener viva la consciencia que propició el establecimiento de esas nuevas instituciones, una nueva forma de pensar, porque se trataba de superar los *conocimientos aislados* de las disciplinas especializadas que rompieron con los *saberes integrales* de la filosofía y que excluyeron la justicia de los debates.

## PALABRAS CLAVE

Derecho internacional, paz, justicia, orden global estadocéntrico y anárquico.

## ABSTRACT

The work of the most renowned greek historians indicates that greek polis' strategy was to accumulate force in order to survive. Furthermore, the sum of these behaviours across all the polis would tragically, and rather paradoxically, drive them towards their own collapse. These considerations have been recently applied to modern examples and, following the steps of Thucydides (by only considering observable facts and leaving aside metaphysical believes), we see how the cultural references to myths or to social values like justice or solidarity, strengthen the idea that the state-centric and anarchic global order that prevails in the modern world, as well as the behaviour of nation-states, is fundamentally moved by a kind of rationality derived from existing interdependencies and soberanism, and therefore stems from what might be considered a reciprocal distrust. Thus, the realists conclude that this rationality inexorably leads to war.

The followers of Herodotus and, in general, those who assume the idealist postures of pacifism, also affirm that this very same rationality determines the modern world. However, they do not exclude the Socratic notions of justice and therefore, from this perspective, their analysis allows them to both account for the crude reality of war and, at the same time, criticise the structure and the paradigms that prevail in the global state-centric order –anarchic and instable– where war is imminent. As a consequence, they can propose the construction of a different global order. This explains how after the second world war the most renowned litterateurs, philosophers, politicians, jurists and economists of the modern world proposed new institutions to limit the sovereign power of the state. Nonetheless, to achieve peace, it was not only necessary to keep alive the ideas behind the creation of these new institutions but also to develop a new of thinking since it was no longer needed the isolated ideas and thoughts of specialised disciplines that eroded the cornerstones of philosophy and excluded justice from debates.

## KEY WORDS

International law, peace, justice, state-centric and anarchic global order.

## INTRODUCCIÓN

El debate filosófico original referido a la naturaleza humana y a las dinámicas sociales, como casi todo en occidente, tiene antecedentes fundamentales en la Grecia antigua y, por esa razón, estas reflexiones sobre la guerra y la paz, que son parte esencial del debate que en el denominado *mundo moderno* propone la filosofía política, también encuentran sus antecedentes entre los poetas y los historiadores griegos. Un poema de Eurípides puede ayudar a comprender este aserto:

Sabemos en qué medida es para los mortales mejor la paz que la guerra.  
 La primera es muy amada de las *Musas* y enemiga de las *Furias*,  
 se complace en tener hijos sanos y goza con la abundancia.  
 Pero somos indignos y, despreciando tales bienes,  
 personas y *ciudades* propiciamos guerras y nos convertimos en esclavos del inferior<sup>1</sup>.

En efecto, los debates filosóficos de la antigüedad griega nos heredaron saberes que aún hoy resultan útiles para interpretar aspectos vitales de la condición humana porque están en los orígenes de la denominada *civilización occidental* y, en los términos de Arnold Toynbee<sup>2</sup>, porque pertenecen

1 Tomado de “Las suplicantes”, tragedia de Eurípides que se escribió tras la batalla de Delio, cuando Tebas derrotó a Atenas, aproximadamente en el año 423 a. C. Eurípides. (1977). “Las suplicantes”, en *Tragedias*, 3 volúmenes, 488, Madrid: Gredos, Biblioteca Clásica.

2 Arnold Joseph Toynbee es un historiador británico cuya vasta obra está dedicada al estudio de 28 civilizaciones significativas en la historia de la humanidad que las ha dividido en tres grandes grupos: en primer lugar, 19 civilizaciones que se consideran como las principales en la historia de la humanidad –Egiptia, Andina, China, Minoica, Sumeria, Maya, Indica, Hitita, Helénica, Occidental, Cristiana ortodoxa (Rusia), Lejano oriente, Cristiana ortodoxa (cuerpo principal), Persa, Árabe, Hindú, Mexicana, Yucateca y Babilónica-; en segundo lugar, 4 que él define como civilizaciones abortadas –del lejano occidente cristiano, del lejano oriente cristiano, escandinava y siríaca– y, en tercer lugar, 5 que él denomina civilizaciones confinadas –polinesias, esquimales, nómadas, otomanas, espartanas–. El análisis que propone Toynbee toma, en efecto, cada una de esas civilizaciones y trata de definir su emergencia, su crecimiento y su colapso y caída definitivas. No obstante, lo que interesa a este ensayo es el papel que jugó el imperio helénico y los demás imperios o potencias que le sucedieron para conformar la civilización occidental. En su criterio, el imperio helénico fue el hito original de nuestra civilización y su papel solo puede entenderse si se consideran el poder de los conocimientos de la naturaleza y de la sociedad que alcanzaron los griegos y, además, el dominio y la hegemonía que establecieron fundados en esos conocimientos. Lo mismo puede decirse del imperio romano que fue su sucesor en la Antigüedad, del imperio árabe en la Edad Media, de España y Portugal en los orígenes de la modernidad, de Inglaterra en

a la esencia del denominado *mundo moderno* y, en este sentido, porque han ejercido influencia decisiva en las vicisitudes de las potencias que lo han representado y, además, en la hegemonía que ellas han impuesto en buena parte del Planeta.

Estos debates sobre la condición humana suelen encontrar expresión en la mitología griega mediante la dicotomía entre *Eros* y *Tánatos*. En la versión más difundida de esa mitología (Richepin, 1957), Eros suele representar la fuerza primigenia que es responsable de la creación y del orden de todas las cosas en el *cosmos*. No obstante, y esto en favor de lo que interesa estudiar en el presente ensayo, Eros también encarna una deidad que representa la fuerza del amor erótico y, en otros casos, el impulso creativo de la naturaleza que siempre florece y la fertilidad. Tánatos, por su parte, era la personificación de la muerte. Sin embargo, esa figura fue desplazada por la recurrencia de la tradición oral y de los escritos de las leyendas a Hades, el dios de los muertos. Ahora bien, considerando que los pueblos griegos eran guerreros por antonomasia, es preciso recordar que ellos diferenciaban la muerte natural de la muerte violenta, y que Tánatos solo hacía alusión a la segunda.

La pregunta que se suscita para dar hilo conductor al presente artículo es, pues, ¿en favor de qué fuerzas actúan la polis o, en términos modernos, el *Estado-nación*? En favor de las fuerzas creadoras –Eros– o en favor de la destrucción y la muerte –Tánatos–?

## I. DE LA MITOLOGÍA A LA FILOSOFÍA Y LA HISTORIA: LOS APORTES DE LA GRECIA CLÁSICA

Una respuesta a esa cuestión se puede encontrar en la obra de Homero cuando se refiere a que entre los pueblos aqueos que componían *Hélade* se establecieron reglas fundadas en la *cooperación*: las *Anfictionas*. No obstante, el genial poeta griego también hace una muy rica descripción sobre las diversas ideas de sus protagonistas frente a una guerra contra Troya y, en este sentido, el mismo Ulises, pese a que siempre buscaba tomar partido por

---

el contexto de la Ilustración... Para este trabajo se ha consultado el extenso trabajo de Toynbee titulado *Estudio de la historia* que fue publicado en inglés entre 1933 y 1961. La publicación española que se ha consultado para realizar este trabajo fue lanzada en 1963 por Editorial Edhasa. Además, también se consultó la versión electrónica de «Arnold Toynbee British historian», en *Encyclopedia Britannica*, [www.britannica.com/biography/Arnold-Joseph-Toynbee](http://www.britannica.com/biography/Arnold-Joseph-Toynbee)

los arreglos políticos para evitar los conflictos bélicos, fue arrastrado por las fuerzas ineluctables de un destino trágico, o por la *racionalidad* política, que lo convirtieron en uno de los líderes en las batallas contra el reino de Príamo y, además, en el estratega militar que destruyó por dentro y para siempre la bella *ciudad* de Troya (Homero, 2012).

Con posterioridad, los desarrollos de la cultura griega fueron desplazando las leyendas de la mitología en favor de *saberes* que dieron lugar a la filosofía y a la historia, que permitieron que los pueblos griegos consolidaran su dominio en el *mundo* de entonces y se convirtieran en el referente de la *civilización occidental*. Uno de los protagonistas de esta dinámica social fue Sócrates, pero el papel de este sabio de conspicua personalidad solo se puede comprender si se constata que hasta ese momento los filósofos griegos se habían dedicado a estudiar la naturaleza<sup>3</sup>. En efecto, la cuestión atribuida al sabio “¿qué es el hombre?” propició que se fundara la nueva dimensión antropológica de la filosofía griega. Tal como lo afirma Hessen,

... la filosofía se presenta en Sócrates como una autorreflexión del espíritu sobre sí mismo, sobre sus supremos valores teóricos y prácticos, sobre los valores de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello (1997, p. 14).

Cassirer, por su parte, afirma que:

No es un nuevo contenido objetivo sino una nueva actitud y función del pensamiento lo que constituye el rasgo distintivo de la *filosofía socrática*. La filosofía, que hasta

---

3 Entre los denominados filósofos de la naturaleza se encontraban Tales de Mileto, Anaximandro y Anaxímenes, y todos tenían la creencia novedosa para su época de que existía una materia primaria que explicaba el origen de la naturaleza y de sus procesos: ...nada puede venir de la nada... En otras palabras, los filósofos de Mileto hicieron un énfasis en sus investigaciones dirigido a comprender el origen y los procesos de la naturaleza en el tiempo y en el espacio y, pese a que sus reflexiones no pueden separarse de las concepciones divinas propias de su cultura, lograron discernir aquella afirmación que suele ser atribuida a uno de sus más destacados discípulos, Parménides de Elea: ...todo fluye... Se puede colegir, pues, que los filósofos de la naturaleza fueron pioneros de la denominada civilización occidental que estaba naciendo entonces y que lo hicieron fundándose en un esfuerzo intelectual objetivo porque, como se ha dicho, sus investigaciones hicieron énfasis en lo que solo unos años después podrá identificarse como lo físico, lo material o lo sensible. Para esta parte del análisis se consultaron los trabajos de: GAARDNER, J. (1995). *El mundo de Sofía*, Madrid: Ediciones Siruela y Norma, pp. 25 y ss. MARTÍNEZ MARZOA, F. (1973). *Historia de la filosofía*, Madrid: Istmo, pp. 24 y ss. SERRES, M. (2011). *Historia de las ciencias*, Madrid: Editorial Cátedra, pp. 77 y ss.

ahora había sido concebida como un monólogo intelectual, se había transformado en un saber dialógico (1993, p. 20).

Propuesta esta reflexión, y pese a que al hacerlo se incurre en una simplificación de la historia del conocimiento, se puede colegir que la filosofía griega sufrió muchos procesos críticos, dos de los cuales se pueden identificar en la etapa en la que vivió Sócrates: el primero está asociado a los estudios propuestos por los *filósofos de la naturaleza* –suele denominarse *período cosmológico*– cuyas observaciones y reflexiones hicieron énfasis en lo físico, material y sensible –es oportuno aquí advertir que en los orígenes de la filosofía griega todavía no se distinguían con claridad nociones como *materia* y *espíritu*, *sujeto* y *objeto*, *esencia* y *existencia*... –; el segundo está asociado a las reflexiones atribuidas a Sócrates, pues este filósofo propició la emergencia de la *dimensión subjetiva de la filosofía* –suele denominarse *período sofístico*– en cuyo ámbito se suscitaban muchas cuestiones sobre la condición humana, sobre las dinámicas sociales y, como lo hizo Aristóteles, sobre las *polis*.

Ahora bien, ¿podían los discípulos de Sócrates, fundados en esa *dimensión antropológica de la filosofía*, discernir en favor de qué fuerzas trabajan los seres humanos y las *polis*, en favor de Eros o en favor de Tánatos? En otras palabras, ¿podían interpretar de qué manera viven los seres humanos, cómo se organizan en sociedades y cómo se relacionan esas organizaciones sociales? Esta cuestión puede proponerse en los términos de los padres griegos de la historia, Heródoto de Halicarnaso que vivió entre 484 y el 425 a. C., y el ateniense Tucídides que vivió entre 460 y el 396 a. C., y la pregunta que ellos hicieron fue: ¿a quién rinden tributo las *polis*?, ¿a la gloria, la ambición y el poder que caracteriza la condición humana y que, como en una típica tragedia, conducen de manera ineluctable a la guerra, o a las fuerzas creadoras del amor en donde florecen la paz y la prosperidad?

Si esta cuestión se propone en el *mundo moderno*, la pregunta que se suscita no varía en lo esencial: ¿cómo afrontar el debate entre esa fuerza ineluctable que lleva al ser humano a su propia destrucción y, por otro lado, la cordura que lo conduce a construir un mundo mejor?, ¿cómo interpretar el papel del *Estado-nación* en el orden global, como un orden político cuya *racionalidad* conduce, de manera inminente a la guerra, la muerte y la destrucción, o como una estructura social que se pone al servicio de los seres humanos, de la paz y de la prosperidad? Sin embargo, esta pregunta debe proponerse considerando las dinámicas sociales de la denominada *civilización*

*occidental* que propiciaron lo que los historiadores denominan *modernidad* y, en este sentido, considerando cuando menos dos elementos propios de esta etapa de la historia: el primero se suscitó en el ámbito de la política y se puede expresar con el origen de los *Estados-nación* y, en este sentido, con el paulatino desarrollo de la *razón de Estado* que trajo consigo un *soberanismo* irrestricto que hizo inminente la guerra. El segundo se suscitó en el ámbito del conocimiento y, de manera específica, con base en los inusitados desarrollos de la ciencia cuyos hallazgos e invenciones, en muchos casos, se han puesto al servicio de la creciente capacidad de destrucción del hombre.

Se puede insistir, pues, en que el dilema entre Eros y Tánatos sigue siendo un problema esencial de la filosofía política en el mundo moderno y que, en consecuencia, las ciencias sociales que florecieron durante la Ilustración y que se dispersaron en diversas disciplinas —entre ellas, la historia, la sociología política, la economía política, la geopolítica y las relaciones internacionales<sup>4</sup>— siguen considerando la dialéctica, que propusieron los dos grandes historiadores griegos, como el fundamento de dos perspectivas opuestas propias de esas nuevas *disciplinas*: quienes siguen la postura intelectual de Heródoto suelen presentar a su maestro como uno de los fundamentos del pensamiento *idealista* porque consideran las razones de la virtud, de la belleza y de la justicia en la interpretación de los problemas de la sociedad moderna. La postura intelectual de Tucídides, por su parte, insiste en que un historiador debe hacer un esfuerzo dirigido a narrar solo lo que ha visto y, en este sentido, insiste en que los pensadores sociales deben describir con rigor los hechos y solo atenerse a ellos. En otras palabras, a Tucídides se le puede considerar el padre del *realismo* político moderno porque sus seguidores excluyen las razones de la virtud, de la belleza y de la justicia en la interpretación que hacen sobre las dinámicas sociales en el mundo moderno.

Consideradas estas reflexiones se puede proponer *la hipótesis* de este artículo: no hay un pensamiento *neutro* y, en consecuencia, los pensadores que proponen sus análisis desde las perspectivas *realistas* o *idealistas* son

---

4 El conocimiento en el mundo moderno obedece, dice Wallerstein, a las ofertas de las universidades y, en este sentido, a la paulatina división del saber social en diversas disciplinas que, no obstante, estudian los mismos problemas esenciales de la condición humana y de las dinámicas sociales. WALLERSTEIN, I. (1988). *Abrir las ciencias sociales*. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales, México: Siglo XXI Editores, p. 12.

tributarios de dos pensamientos políticos diversos. En efecto, si se sigue a los pensadores de la teoría crítica como se hace en este artículo se puede colegir que el saber no es neutro y, además, que el saber no solo interpreta la realidad sino que alienta y legitima decisiones que transforman la realidad.

A. ¿HERÓDOTO O TUCÍDIDES? ¿CÓMO INTERPRETAR LA NATURALEZA HUMANA Y LAS DINÁMICAS SOCIALES?

Heródoto es un historiador que ya en sus tiempos utilizaba técnicas de lo que en el mundo moderno se denomina etnografía y geografía para investigar la historia, considerando las acciones y las motivaciones de los protagonistas, y se le ha considerado el padre de la historiografía porque buscaba describir los procesos sociales del pasado a partir de lo verosímil y, de esta manera, consideraba los episodios de la historia como el producto de acciones humanas, que suelen estar motivadas por la gloria, las ambiciones, el miedo o las creencias metafísicas y que transcurren en un territorio transformado por esas acciones. No obstante, como todo historiador, Heródoto debió afrontar dificultades a la hora de estudiar sus fuentes y de compilar la información pertinente porque, como él mismo lo advierte en el libro *Polimnia*, la historia también debe alimentarse de referencias que aluden a circunstancias propias de cada época y que están incluidas en las tradiciones culturales, en las leyendas o en la metafísica. En efecto, el historiador griego se sintió en el deber de considerar que en muchos casos las personas interpretaban los actos de los “protagonistas” de la historia como actos heroicos y sobrehumanos y, en el mismo sentido, que interpretaban los procesos sociales o las fuerzas de la naturaleza atribuyéndolos a la intervención divina. Abundan ejemplos de cómo los griegos, pueblos navegantes por antonomasia, atribuían las tormentas del mar al dios Poseidón, o de cómo ellos, pueblos guerreros por excelencia, explicaban los conflictos bélicos como un juego perverso de *Hades*<sup>5</sup> que se solazaba constatando la incapacidad de los seres humanos para vivir en paz. La obra de Heródoto (1968) se titula *Los nueve libros de la historia* y comienza con un análisis de las relaciones entre los pueblos griegos y los de Asia menor que se funda en tres episodios de las leyendas:

---

5 En la mitología griega, Hades es un genitivo que hace alusión a un lugar –el inframundo– y, además, al dios que lo ocupa. Con posterioridad, el nominativo también hizo referencia al lugar a donde van los muertos (Richepin, 1957).

el primero, el rapto de Lo por los fenicios; el segundo, el rapto de Europa y Media por los griegos; el tercero, el rapto de Helena por los troyanos. Otro asunto de interés en la obra de Heródoto es que cada libro es titulado con el nombre de las nueve musas del arte: Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore, Erato, Polimnia, Urania, Calíope.

En otras palabras, la obra de Heródoto, además de afrontar este debate sobre lo que es real y sobre lo que hace parte de la imaginación, de las leyendas o de la metafísica, terminó escribiendo en prosa una historia estructurada de escala mayor porque se trataba de comprender, de manera coherente, el territorio abarcado por la Magna Grecia, considerando la interacción entre las dinámicas sociales y los procesos de la naturaleza: el territorio, dicen los expertos en la denominada geografía humana o en la sociología, es el producto de una interacción entre el espacio y los seres humanos, esto es, una interacción entre las dinámicas de la naturaleza y las de la comunidad que, a su vez, le dan identidad a la comunidad que lo transforma. No obstante, lo que interesa destacar en este ensayo es que Heródoto también propuso una interpretación crítica de las acciones humanas y de las dinámicas sociales que condujeron a los pueblos griegos a las guerras, y esto se debe a que el historiador compuso su narrativa fundado, como lo hizo su contemporáneo Sócrates, en un criterio de justicia. Es esta perspectiva crítica la que le permitió considerar que la paz, como un estado anhelado por los hombres inteligentes y buenos, actúa como un orden natural y propicia que los hijos entierren a sus padres. La guerra, por el contrario, rompe ese orden natural y hace que los padres entierren a sus hijos.

Tucídides, por su parte, propone una crítica a esas consideraciones que hizo Heródoto sobre el papel de los dioses, y sobre las leyendas y los mitos de los pueblos griegos y, de esta manera, insistió en la necesidad de componer el relato de la historia considerando metodologías estrictas para estudiar las fuentes y para recopilar las pruebas (1997). Además, a diferencia de Heródoto, propuso un análisis de las relaciones entre pueblos o naciones excluyendo la justicia y haciendo un estudio crudo de las relaciones de poder. Desde esta perspectiva, en su trabajo titulado *Las guerras del Peloponeso* estudia el enfrentamiento entre Atenas y Esparta para advertir que ese conflicto dio lugar a una bipolaridad que llevó a las demás polis a alinearse en algún bando formando, al final, *la Liga de Delos* y *la Liga del Peloponeso*. Este análisis, además, le llevó a sostener una generalidad: el fin principal de las *polis* es acumular fuerza suficiente para sobrevivir, y este interés, agrega Tucídides,

prevalece en las decisiones políticas haciendo imposible una *cooperación* de largo plazo. Por esa razón, concluye el historiador griego, lo que los pueblos suelen llamar paz solo son armisticios en medio de una guerra eterna.

Es pertinente recordar que Atenas y Esparta superaron sus conflictos para unirse de manera *cooperativa* y enfrentar a Persia en un episodio definitivo de las *guerras médicas*<sup>6</sup>. Los seguidores de Heródoto dirán que triunfó la justicia; los de Tucídides, que ese breve armisticio solo se explicó como una estrategia de mayor calado dirigida a enfrentar un enemigo mayor... No obstante, lo que corresponde en esta parte del ensayo es recordar el proceso de construcción de las teorías que tienen por objeto estudiar las relaciones internacionales en el mundo moderno y, en este sentido, recordar que esa dialéctica entre dos historiadores griegos sigue inspirando en Occidente una dicotomía simplificadora entre el *idealismo* y el *realismo*. En efecto, la postura intelectual de Heródoto suele presentarse como el fundamento de los idealistas modernos que consideran las razones de la justicia en los análisis de las relaciones internacionales. La postura intelectual de Tucídides, por el contrario, es lo que en el léxico de los *positivistas* modernos se denomina *objetividad* porque insiste en que un historiador debe hacer un esfuerzo dirigido a narrar solo lo que ha visto y, en este sentido, insiste en que un historiador debe describir con rigor los hechos y buscar en su análisis las motivaciones personales de los protagonistas, esto es, sus ambiciones y sus temores. En otras palabras, a Tucídides se le puede considerar el padre del realismo político moderno –y en su época como la antítesis de Heródoto– porque sus seguidores excluyen las razones de la justicia en sus análisis sobre las dinámicas que prevalecen en las relaciones internacionales.

---

6 Se denominaron *guerras médicas* (Martin, 1996) los conflictos bélicos que sostuvieron el imperio aqueménida –Persia– y las polis que conformaban Hélade, pero que no contaban con una unidad política. Se suscitaron entre los años 490 y 478 a. C. La primera *guerra médica* se refiere a las batallas de Maratón; la segunda, a las batallas de Termópilas, Salamina y Platea; la tercera, a las batallas del río Eurimedonte. Una parte de esta historia cuenta que Leónidas, el rey de Esparta, fue vencido en la Termópilas, y que los pueblos aqueos quedaron a merced de los persas. Además, la flota griega abandonó sus posiciones en Atenas por buscar refugio para las mujeres y los niños en la isla de Salamina, desde donde pudieron ser testigos de las acciones de las tropas dirigidas por Mardonio, esto es, del saqueo y del incendio de la Acrópolis. No obstante, Temístocles logró entablar batalla naval contra las tropas de Jerjes con una estrategia vencedora que contó, además, con el apoyo de los espartanos...

B. LOS FUNDAMENTOS GRIEGOS EN EL DEBATE  
POLÍTICO MODERNO: ¿REALISMO O IDEALISMO?

La dicotomía simplificadora entre Eros y Tánatos ha dado fundamento a muchos debates en el mundo moderno, y es justo reconocer que fue Sigmund Freud quien la utilizó para llevar a cabo las observaciones y análisis del orden social, que lo llevaron a proponer unas tesis que trataban de corroborar que la condición humana puede interpretarse en la medida en la que está sometida a dos fuerzas que el representó recurriendo a esas dos figuras de la mitología griega. No obstante, la sociedad pacata de la Europa de entonces simplificó sus hipótesis acusándolo de pansexualista, y cuando Austria cayó bajo la anexión de Alemania nazi sus libros fueron quemados y él y su familia padecieron una persecución implacable. Por esa razón, más allá del debate que persiste y que cuestiona si el psicoanálisis obedece a los criterios restringidos de la ciencia moderna, lo que interesa en este trabajo es destacar que su pensamiento debe tomarse como un aporte muy interesante al debate sobre la cultura y, por supuesto, sobre el orden social. En otras palabras, lo que interesa en este trabajo es considerar que Freud es un filósofo de la naturaleza humana que propuso una explicación general del comportamiento humano como el resultado de una dinámica de la mente cuya operación está sometida a una estructura compuesta por tres pulsiones, energías o fuerzas innatas: el ello, el yo y el superyó. La pulsión natural –ello– es la fuerza que tiende a preservar la vida, y Freud la representa como Eros. Los impulsos naturales son, en consecuencia, el motor del comportamiento humano porque conducen al individuo a la gratificación de sus deseos, a la expresión de sus emociones y a la creatividad. No obstante, cuando el individuo busca satisfacer esos deseos o necesidades naturales suele encontrarse con la otra fuerza, esto es, con las creencias éticas y los valores morales que ha incorporado como miembro de un grupo social y de una cultura determinada –el superyó–.

El comportamiento humano es, en consecuencia, el resultado de una dinámica compleja propiciada por una fuerza –yo– que media entre el ello y el superyó, esto es, como la energía que media entre las fuerzas de la naturaleza y los imperativos establecidos por el orden social. En esta representación el yo aparece mediando siempre entre el ello y el superyó y, de esta manera, Freud colige que el comportamiento humano es el producto de una dinámica permanente entre esas fuerzas porque el yo es la habilidad que el individuo

debe aprender a desarrollar para adaptarse e interactuar en el mundo exterior sometiendo sus deseos y sus emociones a las demandas del superyó que suele ser representado por una pulsión destructiva o de muerte –Tánatos–<sup>7</sup>.

Los saberes que heredaron los debates griegos también se pueden encontrar en la tradicional dicotomía entre el realismo y el idealismo que caracteriza los extremos teóricos de las relaciones internacionales en el mundo moderno. No obstante, es preciso advertir que esa dicotomía simplificadora ha sido superada porque los pensadores la han enriquecido, de manera significativa, con la emergencia de enfoques muy diversos y muy interesantes cuyos paradigmas se han venido abriendo como un abanico: en un extremo se encuentran quienes siguen las tesis de Hobbes y Maquiavelo y sostienen que la racionalidad de los Estados está determinada por la estructura anárquica e interdependiente de la sociedad internacional en la que la guerra entre Estados es inminente. Los Estados, dicen, se encuentran en una permanente “lucha por el poder” porque actúan en el mundo movidos por sus propios intereses y fundados en estrategias de política exterior –pactos, alianzas, etc.– que producen equilibrios que no siempre son estables y que pueden desencadenar conflictos bélicos: el Estado, dice Hans Morgenthau (1986), actúa en el contexto internacional movido por el pragmatismo, esto es, con una política que le permite mantener el poder, aumentarlo y demostrarlo.

En el otro extremo del abanico están las teorías de los idealistas seguidores de las reflexiones que propuso Kant cuando se dedicó al estudio de las relaciones internacionales, esto es, su crítica a la sociedad moderna estructurada como un orden estadocéntrico, anárquico e interdependiente que hace inminente la guerra y, en segundo lugar, su propuesta de construir una sociedad diferente establecida con base en un *orden* supraestatal capaz de limitar las soberanías de los Estados (1979, p. 227).

John Rawls (2011) ha dedicado buena parte de su obra al estudio de la propuesta de Kant referida al orden político de la sociedad moderna y, fundado en las tesis del liberalismo, ha defendido la idea de un acuerdo global para garantizar la paz en el mundo. Sostiene, en este sentido, que no debe utilizarse el término derecho internacional, porque recuerda los orígenes de la modernidad en Europa occidental y el supuesto según el cual a cada

---

7 Para hacer esta parte del ensayo se han considerado dos trabajos biográficos sobre Sigmund Freud: JONES, E. (2003). *Vida y obra de Sigmund Freud*, Barcelona: Anagrama, y, además, ROUDINESCO, E. (2015). *Freud. En su tiempo y el nuestro*, Madrid: Debate.

Estado corresponde una nación. Propone, en cambio, la denominación de *Ius Gentium*, pero el filósofo estadounidense no se refiere al *ius gentium* romano en su concepción privada, sino en la amplia concepción pública que fue adquiriendo en la modernidad y, en ese sentido, propone que se adopte como un ideal que promueva una *ciudadanía universal*. Sin embargo, agrega, para evitar que se caiga en el imperialismo, como ha sucedido, ese pacto global no debe estar fundado en un acuerdo entre Estados-nación sino en una sociedad de los pueblos. En otras palabras, Rawls defiende la tesis de un derecho internacional como el producto de un *acuerdo global*, no obstante, insiste en que ese acuerdo no debe significar la imposición de las concepciones de justicia y del derecho de occidente.

En el presente ensayo no se hace una descripción exhaustiva de los enfoques teóricos que se han propuesto en el abanico que se abre entre el realismo y el idealismo porque lo que interesa es poner en evidencia que los análisis de un extremo de ese abanico propuestos por los realistas obedecen a las premisas epistemológicas del positivismo porque tratan de concebir el orden mundial tal como este *es*. Podría decirse que buscan construir un conocimiento neutro –*objetivo*, dice Max Weber– sobre un orden mundial fundado de manera exclusiva en la soberanía y la voluntad de los Estados y que, por esa razón, ha prevalecido en las escuelas de pensamiento político. El profesor Graham Allison, por ejemplo, sigue considerando lo que se ha denominado “la trampa de Tucídides” para hacer sus análisis de política exterior mostrando que las potencias –en su caso de estudio Estados Unidos y China– están destinadas a la guerra porque entran en una “dinámica peligrosa” que puede describirse así: la potencia emergente se abre espacio en el mundo y amenaza con desplazar a la potencia establecida que, a su vez, se ve obligada a defender sus posiciones<sup>8</sup>.

Los idealistas, cuyos análisis se encuentran en el otro extremo del abanico, proponen una crítica fundada en los criterios de justicia que introdujo Sócrates y dirigida a la estructura estatalizada, interdependiente e inestable

---

8 El profesor Graham Allison del Centro Belfer de la Universidad de Harvard es uno de los académicos estadounidenses más destacados, especializado en relaciones internacionales. El trabajo que se estudió en esta parte del presente ensayo es: ALLISON, G. (2017). *Destined for War. Can America and China Escape Thucydides's Trap?* Houghton Mifflin Harcourt Books. También se puede consultar la entrevista que Devin Stewart hizo al profesor Allison en el Carnegie Council en 2017 que fue publicada en <https://www.carnegiecouncil.org/studio/multimedia/20170706-graham-allison-america-china-war-thucydides-trap>

de la sociedad moderna porque conduce a la guerra y al sufrimiento humano y, sobre esas bases, insisten en la necesidad de construir saberes que conduzcan al establecimiento de un orden supraestatal que, fundado en un acuerdo global, evite la guerra y la destrucción del hombre por el hombre. En efecto, los idealistas proponen un análisis considerando “cómo debe ser el mundo” y, en consecuencia, no excluyen los valores como la cooperación y la solidaridad porque solo de esa manera podría superarse la interdependencia y pasar a la multilateralidad, esto es, solo de esta manera los Estados cederían competencias soberanas en favor de instituciones supraestatales capaces de transformar, de manera positiva, el destino de la humanidad.

Si consideran estas dos perspectivas opuestas en el análisis del orden global y se pregunta ¿para qué se ha establecido el derecho internacional? los realistas dirán que el derecho internacional no es más que la expresión jurídica del poder que configura las relaciones internacionales y, en consecuencia, que se trata de un conjunto de principios y de normas que hacen prevalecer el *soberanismo* y que tiene por misión mantener y legitimar el *statu quo*. Los idealistas, por su parte, siguen insistiendo en que el derecho internacional debe incluir valores distintos del *soberanismo*, como la cooperación, la paz y la solidaridad, porque solo de esa manera puede transformar el *statu quo*.

## II. UNA APROXIMACIÓN CRÍTICA AL POSITIVISMO QUE LEGITIMA LAS POSTURAS REALISTAS

La cuestión que se debe proponer en esta parte del presente ensayo se refiere a los enfoques teóricos en general y a los enfoques de relaciones internacionales en particular, y se puede proponer así: ¿son esos enfoques teóricos un discurso hegemónico que le da fundamento a un conocimiento disperso en disciplinas que perdieron su fundamento crítico y que, en consecuencia, legitiman el *statu quo*, o son los productores de saberes sintéticos e integrales que propician un saber crítico y transformador?

Lo que se afirma en este ensayo es que no hay pensamiento neutro y, en consecuencia, que el realismo es un enfoque teórico fundado en una racionalidad que legitima posturas y decisiones políticas en favor del *statu quo*, esto es, en favor de un orden global estadocéntrico, soberanista, anárquico e inestable que conduce, de manera inminente, y como se puede constatar en la historia, a la guerra y la destrucción. En los términos de Tucídides se puede afirmar que las polis no tienen alternativa distinta que prepararse para la

guerra. Por esa razón, agrega el historiador ateniense, entre las polis prevalece una estrategia que consiste en acumular fuerza suficiente para sobrevivir, lo que hace imposible una cooperación duradera. Esta constatación le lleva a afirmar que lo que en algún momento los pueblos griegos llaman paz no son más que armisticios llamados a romperse en favor de una guerra eterna.

No está Inmanuel Kant lejos de Tucídides cuando en su trabajo *La paz perpetua* propone que en el orden global estadocéntrico, anárquico e inestable que caracteriza el mundo moderno la guerra es inminente. Esta obra de Kant, sin duda uno de los filósofos más destacados de la Ilustración europea, se dirige contra un orden internacional estadocéntrico, anárquico e interdependiente que se había establecido con base en tratados entre los estados europeos porque, en sus palabras, los tratados, por basarse en la soberanía irrestricta de los Estados, tienen una legitimidad muy frágil y no pueden construir la paz sino establecer simples armisticios condenados a romperse... Lo que diferencia las reflexiones de Kant (pp. 150 y ss.) de las que propuso Tucídides no es, pues, esa premisa del *soberanismo* y la interdependencia que genera inestabilidad, sino la conclusión: el orden global, por basarse en la soberanía de los Estados, está condenado a la guerra, a menos, dice él, que los Estados cedan su soberanía para construir un orden superior a ellos mismos, fundado en la justicia y la dignidad humana.

Se puede constatar, pues, que la reflexión del filósofo de Königsberg cambia de manera radical cuando, como propuso Sócrates en la Grecia antigua y como lo han hecho los pacifistas de todos los tiempos, considera valores que hacen alusión a la dignidad humana y a la justicia. En otras palabras, la base teórica del pacifismo es el idealismo porque, como lo propone Kant, la superación de un orden político anárquico, soberanista e interdependiente que se ha fundado en la razón de Estado y que propicia la guerra y la destrucción, solo es posible si se establece un orden superior a los Estados-nación en el que prevalezca la justicia: en necesario, dice el filósofo alemán, establecer "(...) una federación de pueblos que, mantenida y extendida sin cesar, evite las guerras y ponga freno a las tendencias perversas e injustas" (p. 227).

#### A. LA TEORÍA CRÍTICA

Para proponer esta parte de la reflexión sobre los filósofos de Frankfurt —entre los que se encuentran Horkheimer, Adorno y Marcuse— es preciso considerar las bases del positivismo y su impacto en las ciencias sociales.

El mejor exponente del positivismo es Max Weber porque propone una separación de los juicios de realidad (*el ser*) de los juicios de valor (*el deber ser*) y, además, porque niega la posibilidad de transformar la realidad social desde las reflexiones sociales basadas en *utopías*. En los términos de Weber, el científico puede caracterizar y comprender una sociedad porque hace análisis objetivos y neutros, pero no puede transformarla. El político, por el contrario, no puede caracterizarla porque la mira desde sus propios valores y deseos, pero puede ejercer una influencia importante sobre su destino<sup>9</sup>.

Los filósofos de Frankfurt asumen una postura epistemológica diferente porque sostienen que la sociedad moderna, cuya estructura se ha basado en la razón de la Ilustración y en el ideal de la liberación del hombre, ha traicionado ese ideal porque no ha podido construir racionalmente los mecanismos adecuados para que el ser humano viva de manera creativa y pacífica. Esta teoría crítica que nació por los debates de los maestros en el centro de investigaciones de la Universidad de Frankfurt considera, en este sentido, que es necesario volver a la Ilustración y recordar que en el ambiente intelectual, que empezó a prevalecer entonces, la ciencia fue considerada como un poderoso instrumento para la liberación y el progreso de los seres humanos. Además, como se pudo constatar en los años que siguieron, la paulatina emergencia y dispersión de las disciplinas y la perfección de los métodos de observación trajeron consigo hallazgos e invenciones que elevaron los niveles de bienestar. No obstante, dicen los filósofos de Frankfurt, la razón de la Ilustración se vio traicionada por el desarrollo de la ciencia y el industrialismo, pues propiciaron que el conocimiento se separara de la filosofía y que se dispersara en disciplinas especializadas. En efecto, al mismo tiempo que las disciplinas científicas rompían con la filosofía y se dispersaban en aras de la especialización, perdían su capacidad de crítica y se fortalecía su capacidad de comprobación empírica. Los primeros debates sobre el cientificismo planteados por la teoría crítica los adelantó Max Horkheimer (1966), quien sostiene que el pragmatismo y el neotomismo separaron el

---

9 Max Weber dictó dos conferencias en Munich, en 1919: “La ciencia como profesión” (*Wissenschaft als Beruf*) y “La política como profesión” (*Politik als Beruf*). En ellas dejó claro, en su criterio, cuáles son las diferencias entre las labores del político y el científico en la sociedad. El científico, dice Weber, debe atenerse a los hechos y, no debe ser beligerante en cuestiones de valor. El político, por el contrario, debe atenerse a los hechos, a la realidad que se puede constatar. Estos trabajos de MAX WEBER (1969) se han compilado en una sola publicación y se pueden consultar en español en *El político y el científico*, Madrid: Alianza.

conocimiento científico de la reflexión filosófica, de las valoraciones morales y de la metafísica y, a continuación, le dieron carácter racional solo a la primera. De esta manera, la ciencia, que era una de las manifestaciones del conocimiento humano y, en este sentido, de su libertad y creatividad, se ha transformado en un instrumento que ha estructurado una sociedad industrial que ha legitimado su explotación y sometimiento.

Es preciso agregar que el positivismo parte del supuesto según el cual la ciencia es neutra y, desde esta perspectiva, construye un método fundado en la neutralidad axiológica, esto es, en una ruptura de la ciencia con la filosofía. Adela Cortina, comentando el debate sobre el papel de la ciencia en la sociedad que sostuvieron Marcuse y su discípulo Habermas, nos recuerda que los pensadores de Frankfurt parten de un supuesto diferente según el cual la razón humana no es neutral. Por esta razón, agrega, sus productos, esto es, la ciencia y la tecnología, que generan un incremento inusitado del bienestar en las sociedades desarrolladas, también terminan realizando la labor de una ideología que legitima esa sociedad industrial y el *statu quo* que de ella se deriva (1986, p. 98 y ss.).

Se trataba, pues, del mundo moderno y, de manera específica, de una dinámica social que propició un *cientificismo* que llevó a los pensadores sociales a romper con la filosofía proponiendo estatutos teóricos autónomos y ateniéndose a los estrictos métodos científicos que, además, les impidió considerar las reflexiones sobre el sujeto mismo como productor de ciencia. Es preciso agregar que la crítica de los filósofos de Frankfurt no se dirige contra la ciencia como instrumento de conocimiento sino contra el *cientificismo*, esto es, contra una actitud epistemológica, contra esa tecnocracia filosófica según la cual la ciencia *es* el conocimiento porque se construye en lenguaje matemático y porque realiza comprobaciones empíricas que generan *objetividad*. La reflexión filosófica, las valoraciones morales y la metafísica, por el contrario, son incapaces de *objetividad*. De acuerdo con las tesis de Marcuse, la *calculabilidad* sustituyó a la verdad y, de esta manera, el ser humano logró un desarrollo de la ciencia y de la técnica que le permitió un dominio creciente sobre la naturaleza y una capacidad creciente para satisfacer sus necesidades materiales. No obstante, advierte, esto se hizo a costa de una renuncia de aspectos fundamentales de la vida, como los debates sobre la filosofía, la ética y la estética que se vieron reemplazados por el *cientificismo* que te permite constatar una realidad determinada, pero que te impide proponer una aproximación crítica: "...la verdad se redujo

al conocimiento científico –dice Marcuse– y de esta suerte, la realidad y el hombre se volvieron plenamente *analizables*, pero dejaron de tener sentido” (1970, p. 19).

Estas reflexiones llevaron a los filósofos de Frankfurt a constatar una paradoja porque la sociedad moderna, basada en los desarrollos científicos, adquirió una capacidad inusitada para garantizar la libertad y el bienestar social para un número creciente de personas. No obstante, la ciencia también reprodujo una *racionalidad* que transformó a los individuos beneficiarios del bienestar en personas sin capacidad crítica. En otras palabras, la sociedad más libre y la que más puede propiciar cambios se convirtió, al mismo tiempo, en la más conservadora porque la razón de la ilustración, esto es, el deseo de la emancipación del hombre a través de la reflexión y de la crítica, se ha visto traicionada por una ciencia limitada por el objetivismo y la neutralidad axiológica que perdió su papel liberador y, por este camino, el ser humano se convirtió en una fuerza productiva en una sociedad industrializada que lo somete a cambio de su bienestar<sup>10</sup>.

Desde sus orígenes, sostiene Marcuse, la civilización occidental se ve mejor representada por Prometeo, héroe que representa los valores del esfuerzo, la fatiga, la productividad y, en fin, del progreso a través de la represión, que por Orfeo, símbolo del gozo y de la creatividad. Esta situación, agrega Marcuse, se intensifica con el aumento creciente de la productividad que se experimenta en la sociedad industrial porque, al mismo tiempo que el progreso basado en la ciencia hace más realista la promesa de una vida mejor para todos los seres humanos, en esta sociedad, que se ha estructurado a partir de esta nueva racionalidad científica, se hace más eficaz la dominación, la represión y la guerra (Marcuse, 1969, pp. 155 y ss.).

Jürgen Habermas (1984) profundiza en el análisis de sus maestros Horkheimer y Marcuse sobre la razón de la Ilustración y, sobre esas bases, sostiene que esta se ha convertido en una razón instrumental y neutralizada que ha servido de fundamento a un progreso que buscaba someter la naturaleza para servir al ser humano, pero que terminó sometiendo al ser humano. No hay ciencia social neutra, dice Habermas, porque el lenguaje y los paradigmas con los que se construye su discurso están cargados de

---

10 Para realizar esta parte del ensayo se consideraron otros tres trabajos de MARCUSE HERBERT: *El hombre unidimensional*, Barcelona, Seix Barral, 1969; *Un ensayo sobre la liberación*, Joaquín Mortiz, México, 1973, y *Ensayos sobre política y cultura*, Barcelona, Editorial Ariel, 1970.

valores. Sobre esas bases, sostiene que el conocimiento que se produce con base en una ciencia neutralizada es funcional al orden social, esto es, el conocimiento se convierte en un discurso ortodoxo y hegemónico que pierde todo sentido crítico frente al *statu quo*.

Por esta razón, la propuesta fundamental de la teoría crítica puede resumirse, en primer lugar, en reconocer la necesidad que tenemos todos los seres humanos de volver a las utopías, como la paz y la justicia y, en segundo lugar, en reconocer que solo los diálogos libres y democráticos brindan a los seres humanos la posibilidad de crear una ética fundada en consensos, esto es, en saberes sociales compartidos.

B. LOS LITERATOS, LOS FILÓSOFOS Y LOS POLÍTICOS  
MÁS DESTACADOS DEL MUNDO CONTEMPORÁNEO  
COINCIDEN EN AFIRMAR QUE LA RAZÓN DE ESTADO  
Y EL SOBERANISMO CONDUCEN, DE MANERA INEXORABLE,  
A LAS DENOMINADAS GUERRAS MUNDIALES

Las denominadas guerras mundiales pusieron en evidencia que bajo los paradigmas prevalecientes de la civilización occidental el orden internacional del mundo moderno se conformó con base en unas relaciones de poder determinadas por la razón de Estado y por el estadocentrismo que generaron unas dinámicas armamentistas y unas estrategias bélicas que condujeron a las potencias a ese desenlace fatal. Esas dinámicas se pueden expresar en los términos griegos aduciendo que se trataba de un destino trágico e ineluctable que lleva a los seres humanos a su propia ruina, mientras Hades se solaza constatando que, aún sin su perfida intervención, la humanidad cae abatida víctima de su ambición y egoísmo. En los términos estrictos de la ciencia moderna y, en consecuencia, en los términos racionales, esas dinámicas se pueden expresar argumentando que en el orden global prevalece una racionalidad soberanista derivada de la interdependencia de los Estados-nación que los conduce a establecer unos acuerdos frágiles y, en consecuencia, que lleva a la humanidad por el camino inexorable de su propia destrucción. No obstante, quienes hacen esta constatación y ponen en evidencia esa racionalidad de la mutua desconfianza, también se ven obligados, de acuerdo con los estrictos marcos de la ciencia moderna, a reconocer que las disciplinas especializadas pueden prever ese destino atroz, pero no pueden evitarlo.

Esa paradoja de un orden social estadocéntrico y de una racionalidad derivada de su interdependencia que lleva a la humanidad a su ruina fue anticipada por los grandes literatos, filósofos y políticos del mundo contemporáneo. La crítica que León Tolstói le hizo a una guerra que era predecible desde finales del siglo XIX, por ejemplo, se funda en la razón de Estado que hace prevalecer los intereses estratégicos de orden político y económico por encima de la vida. Por esa razón, criticó un orden social que, como el europeo de su tiempo, transitaba del campo a la ciudad y que, en consecuencia, instrumentalizaba a los seres humanos en aras de la propiedad privada de la tierra y de la mecanización excluyente de la industrialización. Su pacifismo se expresa, entre otras cosas, en su crítica al reclutamiento, esto es, en la crueldad de una sociedad que envía al frente de batalla a algunas personas que deben jugarse la vida en aras de un modelo de desarrollo que los excluye. Los hombres que tienen poder, dice, "... no creen tener ante sí hombres con sus imprescriptibles derechos, sino exigencias de su oficio que colocan por encima de los deberes de humanidad" (1980, p. 307). León Tolstói, dice Zweig, llevó una vida coherente y honesta, y produjo una obra literaria admirable en la que, entre otras cosas, hizo una crítica profunda del maquinismo y, en general, del sistema capitalista que, al mismo tiempo que crecía cada vez más en Europa, excluía a enormes cantidades de personas que condenaba a la pobreza y a la violencia de la guerra (1942, pp. 22 y ss.).

Un filósofo británico como Bertrand Russell, por su parte, insiste en esta crítica del orden social y de las razones que hacían inminente una guerra de proporciones descomunales desde principios del siglo XX haciendo un énfasis en la ciencia porque, como una paradoja, sus impresionantes hallazgos e invenciones que podían mejorar de manera sustancial la vida de los seres humanos, propiciaron una nueva racionalidad que tuvo un impacto negativo en la humanidad de dimensión descomunal. La humanidad, dice el filósofo británico, ha vivido cerca de un millón de años sobre la Tierra, y posee la escritura y la agricultura hace aproximadamente seis mil años. La ciencia, tal como la conocemos en occidente, existe solo hace trescientos años y, además, si la consideramos solo como base del modelo de desarrollo y de la productividad industrial, solo hace ciento cincuenta. No obstante, concluye Russell, el sistema de ideas y el modo de vida que ha propiciado el denominado industrialismo fundado en esa ciencia moderna se ha caracterizado por la negación de la felicidad del hombre, esto es, se ha caracterizado por la dominación, la intolerancia, la exclusión social y la explotación (1956, p. 430).

Al lado de los más destacados literatos y filósofos es preciso considerar a un político de la época, a un joven indio que estudió en las universidades de la *metrópoli* y que fundó para el mundo una nueva teoría política que propone que la independencia de la India no debe recurrir a la fuerza y a la guerra –como lo pone en evidencia la historia de los *Estados-nación* en Europa y América–, sino a la justicia. No obstante, en las reflexiones propuestas por Gandhi, referidas al colonialismo inglés, se encuentra una crítica general en contra de un orden global cuya estructura política y económica favorece algunos países y excluye a otros. Esa estructura del orden global, agrega el Mahatma, conduce de manera inexorable a la guerra y, por esa razón, insistió en que la India debe proponer una demanda de libertad basada en la justicia y la dignidad y, desde esta perspectiva, insistió en que su país debe alcanzar una independencia fundada en un método pacífico –*satyagraha*, o “fuerza del alma”– que terminó deslegitimando la fuerza del imperio inglés que les explotaba y expoliaba (1983). No obstante, los episodios de la historia que se sucedieron desde estas propuestas de Gandhi ponen en evidencia que el poderoso y arrogante imperio inglés no permitiría que un país que siempre menospreció le diera una lección moral de esa dimensión...

Es preciso insistir en que la independencia de la India, que dio origen al impresionante movimiento de descolonización de África y Sudeste asiático fundó, en efecto, una nueva forma de estudiar la política internacional que partió de una crítica a la *hegemonía* porque somete a las *periferias* para expoliar sus recursos, para explotar a las personas y, además, para menospreciar o borrar su *memoria*. Se trata, en efecto, de la crítica a un proceso económico, político y cultural que le ha dado fundamento a un nuevo enfoque de análisis –el poscolonialismo– cuyos términos no se pueden explicar en este corto ensayo, excepto para advertir que ese proceso desigual, en términos sociales y asimétrico en términos económicos, genera una centralidad de la historia y una prolongación del dominio en el que el derecho internacional, como producto de la hegemonía, juega un papel trascendental<sup>11</sup>.

---

11 Antony Anghie, por ejemplo, propone un debate filosófico sobre dos cuestiones esenciales: la primera se refiere a que el derecho internacional clásico terminó imponiendo y justificando el poder de los imperios y legitimando el colonialismo; la segunda, a que tras las guerras de independencia se prolongó la hegemonía cultural promovida y reproducida por los países desarrollados mediante el derecho internacional contemporáneo que, a su vez, prolongó la dependencia económica de los países de la *periferia*. Entre sus trabajos están: ANGHIE, A. (1999). *Colonial Origins of International Law*, en DARIAN-SMITH, E. y FITZPATRICK, P. (eds.), *Laws of the Postcolonial*, Ann Arbor: Univer-

Quienes se oponen a la guerra no son, pues, seguidores en masa de una ideología, sino auténticos individuos que asumen un compromiso —una decisión en favor de las fuerzas creadoras, dirían algunos griegos— que suele expresarse como una actitud crítica en contra del orden social que propicia la guerra. Por esa razón, entre los pacifistas se pueden encontrar un novelista ruso que representa —como en su tiempo lo hizo Francisco en Asís— la mejor expresión del cristianismo, o un político indio que, además de haberse convertido en un líder espiritual de su tiempo, insistió en que en la práctica política deben prevalecer los valores de la justicia y la igualdad o, en fin, un filósofo y matemático inglés que parte de los fundamentos filosóficos del empirismo de Hume y critica el cristianismo y que, desde esta perspectiva, sostiene que la ciencia se puso al servicio de una sociedad industrial desigual y excluyente que conduce a la violencia. En otras palabras, más allá de la diversidad de sus creencias metafísicas o de sus fundamentos racionales, esos pacifistas contemporáneos se caracterizan por una crítica valiente en contra del orden social injusto y excluyente que hace de la guerra un mal inminente, esto es, por una crítica en contra de la razón de Estado y del soberanismo que condujeron a las denominadas guerras mundiales. No obstante, lo que más destaca cuando se estudia la propuesta de los pacifistas es que su crítica solo puede proponerse, como lo advirtió Sócrates, si se consideran valores como la justicia. Esto explica que un pensador empirista contemporáneo como Bertrand Russell coincida con las tesis de un pensador racionalista, cristiano e ilustrado como Kant, para sostener que la paz solo es posible si se dan ciertas condiciones que hasta ahora no se han dado: en primer lugar, un gobierno único de todo el mundo con la capacidad de hacer respetar la paz; en segundo lugar, una difusión general del bienestar y la prosperidad; en tercer lugar, un régimen político respetuoso de la iniciativa y de la libertad humanas (Russell, 1952, pp. 12 y ss.).

---

sity of Michigan Press, pp. 89 y ss. ANGHIE, A. (2016). La evolución del derecho internacional: realidades coloniales y poscoloniales, en ANGHIE, A. y KOSKENNIEMI, M. *Imperialismo y derecho internacional*, Bogotá: Siglo del Hombre.

### III. LOS JURISTAS Y LOS ECONOMISTAS MÁS DESTACADOS DEL MUNDO CONFIRMAN ESE ASERTO Y PROPONEN UN NUEVO ORDEN MUNDIAL FUNDADO EN LA COOPERACIÓN

A mediados del siglo xx estallaron las denominadas guerras mundiales... la profusa literatura existente y la brevedad de este corto ensayo eximen, a quien escribe estas líneas, de describir las vicisitudes de unos conflictos bélicos cuyos horrores y crueldad marcaron para siempre la historia de la humanidad. No obstante, si es preciso hacer unas sucintas consideraciones.

#### A. LA CENTRALIDAD DE LA HISTORIA Y LA RACIONALIDAD ESTADOCÉNTRICA

La primera consideración que debe hacerse es que la denominación de guerras mundiales es una de las manifestaciones típicas de la centralidad de la historia que produce la hegemonía de la civilización occidental porque se trata de dos conflictos bélicos, atroces como todos, que se suscitaron en territorio europeo, por causas europeas y, excepto por la intervención de Estados Unidos y Japón, entre países europeos. Por esa razón, y como lo sostiene Reimond Aron, esas guerras deben denominarse europeas (1961, pp. 231 y ss.).

La segunda consideración que debe hacerse en aras del derecho a la memoria de los pueblos es que esas guerras no pueden considerarse como el producto exclusivo de la locura y la barbarie de algunas personas poderosas que a la sazón estaban al mando de los países involucrados, sino de las dinámicas sociales propias de orden internacional de la sociedad moderna que encuentra expresión en una racionalidad estadocéntrica e interdependiente, esto es, en el frágil equilibrio de las alianzas temporales. En efecto, si se acepta —como dice Bertrand Russell (1939)— que las dinámicas sociales son el producto de las relaciones de poder, se pueden inferir dos conclusiones: en primer lugar, que el derecho internacional clásico, cuyos principios y normas rigieron hasta las guerras europeas de mediados del siglo xx, era el producto de las críticas relaciones entre Estados, determinadas por el soberanismo, la anarquía, la interdependencia y, en consecuencia, por la fragilidad de los acuerdos; en segundo lugar, que la historia oficial, siguiendo los paradigmas de la hegemonía que promueve ese derecho internacional, debía minimizar

o excluir la importancia negativa del colonialismo y sus consecuencias hasta nuestros días.

En otras palabras, el derecho internacional clásico era la expresión jurídica de la hegemonía de los principios de occidente y, en este sentido, de la razón de Estado y del soberanismo que propiciaron la configuración de un orden global estadocéntrico, anárquico, colonialista e interdependiente que condujo a la guerras europeas de mediados del siglo XX... Por esa razón, esas guerras no sorprendieron a nadie, pues eran el resultado atroz de las dinámicas sociales que todos conocían pero que, como en una tragedia, no pudieron evitar. Se puede agregar, pues, que esas guerras pusieron en evidencia la validez de los análisis propuestos por los seguidores de Heródoto y de Tucídides que afirmaron dos cosas: en primer lugar, que en el orden global de la sociedad moderna prevalece una racionalidad que lleva a los Estados-nación a establecer una estrategia dirigida a garantizar su supervivencia; en segundo lugar, que la sumatoria de esas estrategias de defensa en las que prevalece el soberanismo y la razón de Estado conduce, de manera inminente, a la destrucción o el aniquilamiento de todos.

Muchos de los iusinternacionalistas destacados del mundo contemporáneo corroboran este aserto de la filosofía política y lo proponen en términos jurídicos. Schwarzenberger, por ejemplo, sostiene que la sociedad internacional se ha conformado o establecido "... como una aristocracia de Estados soberanos e independientes"<sup>12</sup>. Dupuy, por su parte, define sociedad internacional como un orden fundado en el reconocimiento mutuo de la soberanía de los Estados y, en consecuencia, en la anarquía, esto es, en la ausencia de un poder superior con legitimidad para controlarlos (1998).

El análisis de los juristas, pues, coincide con las tesis de Russell, esto es, con la idea de que el orden político de la sociedad internacional se ha configurado desde los orígenes de la modernidad con base en unas relaciones de poder determinadas por la razón de Estado y por el estadocentrismo. Estas relaciones de poder suscitan una dinámica inexorable que lleva a los Estados-nación a rivalizar y, claro, a entrar en conflictos de manera que que-

---

12 Si el origen de los estados está asociado a su capacidad para establecer el monopolio de la fuerza, Schwarzenberger, siguiendo los lineamientos de *La política* de Aristóteles, sostiene que la estructura de la *sociedad internacional* asume la forma de una aristocracia de estados soberanos. A su vez, en esta aristocracia emergen *potencias* que rompen ese orden y que, para el autor, significan una transformación de la *sociedad internacional* en una oligarquía internacional (1951, Primera parte, Capítulos 6 y 7).

dan frente a dos opciones: imponer un dominio o negociar para establecer acuerdos... No obstante, esa dinámica social determinada por el soberanismo y la interdependencia que se deriva de la anarquía –la descentralización, dicen algunos juristas–, conduce a que los acuerdos se rompan, tal como lo demostraron los países europeos a lo largo de la modernidad... Por esa razón, Max Sorensen sostiene que en ese contexto social soberanista la guerra se convirtió en una prerrogativa ilimitada de los Estados (2011, p. 683). Truyol y Serra, en el mismo sentido, sostiene que los Estados, para garantizar las situaciones establecidas que favorecían sus intereses estratégicos de orden político y económico, recurrieron a una práctica internacional que fue dándole base a un frágil equilibrio basado en alianzas temporales y en amenazas permanentes. Esta práctica internacional, dice el internacionalista español, convirtió la guerra en “...un medio normal de la política” (Truyol y Serra, 1998, p. 36).

No obstante, un estudio de los juristas que propusieron una crítica del orden global y que, en consecuencia, se pusieron en favor de la paz con argumentos fundados en la justicia o en las utopías conduce a Hans Kelsen. En efecto, quien en su juventud fuera considerado como el excelso representante del positivismo –el profesor checo era uno de los destacados miembros del denominado círculo de Viena– hizo un cambio de perspectiva que le llevó a revisar su tesis sobre un derecho libre de contenidos éticos (1991, pp. 8 y ss.) para pasar a concebir, siguiendo en parte las reflexiones de Kant, que el derecho internacional solo podría convertirse en un instrumento de la paz en el mundo si considera valores como la justicia. Se puede afirmar que hay un Kelsen joven para quien el paradigma esencial del derecho es la validez y la jerarquía de las normas dentro de un sistema coherente, y que hay un Kelsen viejo y valiente capaz de cambiar su perspectiva para afirmar que los paradigmas esenciales del derecho son la justicia y la paz:

Hay verdades tan evidentes por sí mismas –decía Kelsen (2008)– que deben ser proclamadas una y otra vez para que no caigan en el olvido. Una de esas verdades es que la guerra es un asesinato en masa, la mayor desgracia de nuestra cultura, y que asegurar la paz es nuestra tarea política principal (...) pues no es posible un progreso social esencial mientras no se cree una organización internacional mediante la cual se evite efectivamente la guerra entre las naciones de esta Tierra.

Observaciones de filósofos del derecho como estas hicieron que el profesor Arthur Kaufmann, quien fuera el dilecto discípulo de Radbruch y, además,

un seguidor de las tesis de Kant y del idealismo, insistiera en proponer el debate referido a la paz advirtiendo que la característica esencial del orden mundial es un *estado de naturaleza* en el que prevalecen el poder y la guerra:

... el *estado de naturaleza* de los hombres no es el estado de la paz, sino el estado de la guerra, que aunque no se inflama siempre, si es, empero, una constante amenaza de conflagración...

En los términos de este filósofo del derecho este aserto explica, en primer lugar, que la paz solo puede ser un producto de la política, esto es, una decisión social que conduce a transformar ese estado de naturaleza y, en segundo lugar, que el problema esencial del derecho internacional es un problema extrajurídico, esto es, un problema político que debe ser propuesto por la filosofía, por la historia y por la sociología (Kaufmann, 1999, p. 456).

Uno de los economistas más destacados del mundo contemporáneo que compartió la crítica del orden global que ha sido presentada en estas páginas fue John Maynard Keynes porque, en contra de la tesis clásica de Clausewitz según la cual la guerra es un asunto político<sup>13</sup>, sostuvo que hay una relación muy estrecha entre economía, política y guerra. En coherencia con este razonamiento, sostuvo que la primera guerra europea del siglo XX fue el producto del imperialismo económico de finales del siglo XIX. La acumulación de capital, dice Keynes, se unió a otras situaciones críticas: en primer lugar, la fragilidad del sistema económico europeo que generaba inestabilidad; en segundo lugar, la dependencia de ese sistema para su aprovisionamiento del Nuevo Mundo; en tercer lugar, el incremento de la clase obrera y de sus demandas. La crisis estaba asociada, pues, a la anarquía e interdependencia del orden político y, además, a la acumulación capitalista que generaba un incremento inusitado en los niveles de vida de las élites beneficiadas de esa acumulación y, al mismo tiempo, una lucha por los mercados, por las rutas de comercio que se unió a una creciente desigualdad, un descenso generalizado del nivel de vida y unos conflictos que amenazaban con una guerra que solo pudo aplazarse hasta los primeros años del siglo XX (Keynes, 1987, pp. 13 y ss.).

---

13 La frase que suele citarse de este militar y analista de la guerra prusiano es: “La guerra es la continuación de la política por otros medios”. Más allá del cinismo que suelen atribuirle, Clausewitz es fundador de un análisis racional de los conflictos bélicos y, en este sentido, proponía que la guerra moderna debe entenderse como un “acto político” (1984).

No obstante, su análisis del proceso histórico va más allá porque lo llevó a proponer una crítica al acuerdo de paz que se alcanzó tras la denominada primera guerra mundial —el Tratado de Versalles— y a sostener que las condiciones económicas que los aliados impusieron a Alemania entonces se convertirían en el acicate de una nueva conflagración bélica de consecuencias mayores:

...el pueblo alemán —decía— subvirtió los cimientos sobre los que todos vivíamos y edificábamos. Pero los voceros de los pueblos francés e inglés han corrido el riesgo de completar la ruina que Alemania inició, por una paz (cuando Keynes dice paz en esta frase debe entenderse que se refiere al *acuerdo de paz de Versalles*) que, si se lleva a efecto, destrozará para lo sucesivo —pudiendo haberla restaurado— la delicada y complicada organización —ya alterada y rota por la guerra—, única mediante la cual podrían los pueblos europeos servir su destino y vivir (Keynes, 1987, p. 9).

En otras palabras, las predicciones de Keynes coinciden con las tesis de los literatos, los filósofos, los juristas y los políticos más destacados del mundo contemporáneo que sostienen que el orden político de la sociedad internacional se ha configurado desde los orígenes de la modernidad con base en unas relaciones de poder determinadas por la razón de Estado y por el estadocentrismo. Estas relaciones de poder suscitan una dinámica social inexorable que, más allá de las “buenas intenciones” que suelen aducir los líderes de ocasión, opera como una racionalidad soberanista de la interdependencia —o, en los términos de la mitología griega, como un destino trágico e ineluctable— que lleva a los Estados-nación a la mutua desconfianza, a la rivalidad y, en no pocas ocasiones, a enzarzarse en conflictos que los dejan, cuando menos, frente a dos opciones: imponer un dominio o alcanzar un acuerdo. En efecto, esa racionalidad soberanista de la interdependencia lleva a los Estados-nación a establecer una dominación o sometimiento recurriendo a sus alianzas políticas, a su capacidad económica, a su posición geoestratégica y, en últimas, a su fuerza bélica, o a negociar para establecer acuerdos en un orden global cuya estructura y racionalidad propiciarán su ruptura.

## B. ¿ERA POSIBLE UN TRÁNSITO DEL SOBERANISMO A LA COOPERACIÓN?

La denominada gran guerra estalló, y pese a que su inminencia y la atrocidad de sus consecuencias fueron anunciadas, el acuerdo de paz que los

aliados establecieron en Versalles, como dicen los seguidores de Tucídides, estaba llamado a romperse... y se rompió para suscitar una nueva guerra de crueldad nunca vista<sup>14</sup> y, además, una nueva consciencia social liderada por los sabios de la época que hacían dos advertencias: la primera, que el mundo moderno, más allá de las buenas intenciones, está movido por una racionalidad soberanista de la interdependencia que se va sumando a los impresionantes desarrollos de la ciencia aplicados a la guerra y que conduce, de manera inexorable, al aniquilamiento total; la segunda, que era necesario transformar el orden global y, siguiendo las tesis de Kant y de los pacifistas, lograron producir nuevos paradigmas de la política, de la economía y del derecho aplicados a las relaciones internacionales.

En otras palabras, la nueva consciencia social suscitó, una vez más, el viejo debate entre Eros y Tánatos, esto es, suscitó una nueva esperanza y una nueva inquietud. La esperanza hacía alusión a la capacidad creadora de los seres humanos y a su deseo de cambiar el orden soberanista y anárquico por uno fundado en la cooperación y la multilateralidad; la inquietud, por su parte, hacía alusión a las fuerzas de la destrucción del ser humano y a la racionalidad prevaleciente en las dinámicas sociales, y se proponía con una cuestión: ¿es posible establecer límites a la soberanía de los Estados-nación si son ellos los llamados a reformar la estructura institucional del orden global?

La obra de Kelsen muestra con claridad ese cambio de mentalidad porque, si se estudian los libros que produjo cuando era el líder de los debates jurídicos del positivismo en el denominado círculo de Viena, él seguía los estrictos métodos de las ciencias referidos a la neutralidad axiológica y los aplicaba al derecho. No obstante, el jurista checo avanzó en su madurez porque agregó en sus debates criterios de paz y de justicia que enriquecieron sus reflexiones. Este cambio de enfoque explica que Kelsen, que había huido del nazismo y se había refugiado en California, se convirtiera en uno de los teóricos que le dieron fundamento a la Carta de San Francisco de 1945 que es, sin duda, uno de los pilares que entonces propició el tránsito del derecho internacional clásico fundado en el soberanismo, la anarquía y la interdependencia, hacia el derecho internacional contemporáneo que

---

14 La denominada *gran guerra*, que fue un conflicto bélico de imperios colonialistas europeos, fue seguida de una de mayor calado y, como dicen Ahlström y Nordquist (1991), de consecuencias todavía más graves porque, además de movilizar miles de soldados, la tecnología de la destrucción —fundamentalmente la aviación militar— hizo más víctimas civiles que militares.

trataba de fundar un nuevo orden internacional fundado en la cooperación y la multilateralidad.

Keynes también jugó un papel fundamental en la construcción de ese nuevo orden global porque su crítica a la escuela clásica económica y, en este sentido, su propuesta de establecer límites políticos a la racionalidad económica que prevalece en el mercado, sirvieron de base a los acuerdos que propiciaron la creación de un orden global capaz de regular la economía internacional para evitar las conflagraciones que se suscitaron en los entornos anárquicos, inestables y asimétricos que prevalecieron con anterioridad<sup>15</sup>.

En efecto, las tesis de Kelsen y de Keynes propiciaron el tránsito de la interdependencia a la multilateralidad, esto es, el establecimiento de nuevas instituciones internacionales con misiones referidas a los temas de la paz, de la economía y de los derechos humanos. No obstante, en los años que siguieron a la denominada segunda guerra mundial comenzó una carrera armamentista que amenazaba, una vez más, la precaria estabilidad que se había alcanzado porque estaba empezando una nueva dinámica soberanista liderada, en este caso, por las nuevas potencias nucleares del mundo –los internacionalistas la denominaron guerra fría–. Por esa razón, Russell y Einstein, en una famosa declaración que en esta ocasión hacía referencia a los acuerdos de San Francisco –*El manifiesto por la paz*–, insistían en que terminada la conflagración bélica no se trataba de fundar una sociedad sobre la derrota del enemigo, sino de proponer una racionalidad diferente para construir una sociedad en la que la guerra deje de ser una posibilidad:

... un acuerdo de prohibición de las armas nucleares –dicen estos sabios–, si bien podría ser útil para disminuir la tensión, no ofrecería una solución, ya que dichas armas serían sin duda fabricadas y utilizadas en una nueva gran guerra, a pesar de los acuerdos previos en sentido contrario. La única esperanza para la humanidad es evitar la guerra. Esta declaración tiene como propósito reclamar un modo de pensar que haga posible ese objetivo...

---

15 KEYNES (1960) criticó la base de las teorías clásicas sobre el mercado de trabajo y el mecanismo de ajuste automático del desempleo mediante el descenso de los salarios reales.

## CONCLUSIONES

A. *Primera*: Quienes siguen las tesis de Tucídides afirman, en primer lugar, que las polis griegas —o, en términos modernos, los Estados-nación— actúan movidas por una racionalidad derivada de la interdependencia que se expresaba como una estrategia dirigida a acumular fuerza suficiente para sobrevivir y, en segundo lugar, que la sumatoria de los comportamientos de todas las polis dirigidos a acumular fuerza para sobrevivir, las conduce, como un destino trágico, a su propia ruina. Ahora bien, considerando que Tucídides insistía en la necesidad de ponderar solo los hechos observados y que, en consecuencia, excluía las creencias metafísicas, las referencias a los mitos propios de la cultura de su pueblo o, en fin, los valores como la justicia o la solidaridad, se debe corregir la segunda afirmación y decir que la sumatoria de los comportamientos de todas las polis dirigidos a acumular fuerza para sobrevivir, las conduce, como en una paradoja atroz, a su propia devastación o aniquilamiento. En este sentido, se puede afirmar que no es Hades, sino el egoísmo y las ambiciones que alberga la naturaleza humana, los que llevan a los seres humanos a su propia destrucción.

En otras palabras, Tucídides, como lo hacen quienes siguen los parámetros del realismo, advierte que la racionalidad derivada de la interdependencia lleva a las polis a proponer una estrategia fundada en la mutua desconfianza que hace imposible una cooperación duradera y, desde esta perspectiva, sostiene que aquello que en algún momento los pueblos griegos llaman paz no son más que armisticios llamados a romperse en medio de una guerra eterna... El comportamiento de los Estados-nación en el contexto global moderno estadocéntrico, anárquico, soberanista e inestable, dice Morgenthau, se caracteriza por la interdependencia y, en consecuencia, por una política dirigida a mantener el poder, aumentarlo y demostrarlo.

En fin, los seguidores de Tucídides también pueden constatar que cuando cada una de las polis griegas propone una estrategia de defensa para sobrevivir, pensando en que las otras hacen lo mismo, la sumatoria de todas esas estrategias de defensa, como una paradoja, propiciará la destrucción de todas. Esta reflexión se puede aplicar en tiempos modernos para afirmar que en el orden global estadocéntrico, anárquico e interdependiente en el que prevalece el *soberanismo*, cada uno de los Estados-nación establecerá una estrategia fundada en la desconfianza recíproca y dirigida a garantizar su sobrevivencia, pese a que saben que la sumatoria de todas

esas estrategias los conducirá, de manera inminente, y como una paradoja, a la ruina de todos.

B. *Segunda*: Quienes siguen las tesis de Heródoto y, en general, quienes asumen las posturas idealistas del pacifismo, parten de las mismas premisas que los seguidores de Tucídides y constatan, en efecto, que el comportamiento de las polis, esto es, que el comportamiento de los Estados-nación está determinado por una racionalidad soberanista derivada de la interdependencia que los conduce a establecer unos acuerdos frágiles y, en consecuencia, que lleva a la humanidad por el camino inexorable del sufrimiento y la destrucción. No obstante, los seguidores de Heródoto admiten, como lo hizo Sócrates en la Grecia clásica, que un análisis de la historia debe incluir valores como la justicia y, por esa razón, sus estudios, además de constatar la atroz realidad de la guerra, pueden realizar una crítica de la estructura y de los paradigmas que prevalecen en el orden global estadocéntrico, anárquico e inestable en el que la guerra es inminente y, en consecuencia, pueden proponer la construcción de un orden global diferente.

C. *Tercera*: La ciencia social, que ha seguido los designios de Tucídides, le ha dado a la sociedad moderna una capacidad inusitada para comprender la realidad porque, bajo la influencia preponderante del positivismo, y con el objetivo de establecer un estatuto teórico autónomo, fue rompiendo con la filosofía y con el saber integral en un proceso que le permitió establecer un método fundado en la neutralidad axiológica, en la comprobación empírica y en la cuantificación matemática que, además, auspició la división del saber en conocimientos especializados que propiciaron la emergencia de disciplinas cada vez más diversas y dispersas. No obstante, ese proceso de ruptura con la filosofía y el saber integral dejó a las nuevas disciplinas especializadas sin capacidad crítica.

Esto explica que el ser humano, fundado en los conocimientos dispersos y especializados que aportan la sociología política, la economía política, la ciencia política, la psicología social, la geografía humana y las relaciones internacionales, pueda comprender que el comportamiento de los Estados-nación está determinado por la estructura, los paradigmas y las dinámicas del orden global, esto es, por una racionalidad soberanista derivada de la interdependencia y de la desconfianza recíproca que los conduce a establecer unos acuerdos frágiles y que, en muchos casos, los lleva por el camino inexorable de su propia destrucción. No obstante, y esta es otra paradoja del

presente ensayo, esos conocimientos dispersos y especializados que permiten comprender el desenlace atroz, no pueden evitarlo.

D. *Cuarta*: Pese a que ponderan las mismas premisas que los seguidores de Tucídides, los análisis de los seguidores de Heródoto y, en general, los de quienes asumen las posturas idealistas del pacifismo, son fundamentalmente diferentes porque no siguen los estrictos métodos de la neutralidad axiológica como propone el realismo y, en consecuencia, porque no se ven en la necesidad de excluir los criterios de justicia que introdujo Sócrates cuando fundó la dimensión antropocéntrica de la filosofía ni de excluir las utopías que, como afirman los pensadores de Frankfurt, son los instrumentos de la transformación social.

En otras palabras, lo que se puede corroborar es que no hay un pensamiento *neutro* porque, como dicen los pensadores de la teoría crítica, quienes proponen sus análisis desde las perspectivas realistas promueven la separación de la ciencia y la filosofía y, de esta manera, producen *conocimientos* tributarios del mantenimiento de un *statu quo*. Quienes siguen el *idealismo*, por el contrario, no solo buscan constatar e interpretar la estructura y las dinámicas del orden global, sino proponer saberes que alientan y legitiman decisiones que transforman la realidad.

E. *Quinta*: Los trabajos de los literatos, los filósofos y los políticos más destacados del mundo contemporáneo que se consideraron en este corto ensayo coinciden con las tesis de los realistas cuando, tras análisis muy ricos y diversos sobre el orden global moderno, infieren que la razón de Estado y el soberanismo conducen de manera inexorable a la guerra. No obstante, sus análisis van más allá porque, como se pudo constatar, las razones que aducen cuando estudian las causas de la guerra y, específicamente, las causas de las guerras europeas de mediados del siglo xx, se fundan en criterios de justicia y siguen la utopía de un mundo en paz y, de esta manera, insisten en la necesidad de limitar la soberanía estatal mediante el establecimiento de un nuevo orden global. Esto explica que, frente al escenario desolador de la posguerra, un jurista como Kelsen y un economista como Keynes propusieran unas nuevas instituciones que, en su criterio, propiciarían el tránsito del soberanismo y la interdependencia a la cooperación y la multilateralidad que supuso, como dicen los historiadores del derecho, un tránsito del denominado derecho internacional clásico al que con posterioridad se denominó derecho internacional contemporáneo.

No obstante, y como ellos mismos lo advierten, para alcanzar la paz era necesario, además de unas nuevas instituciones, una nueva forma de pensar porque se trataba de mantener viva la consciencia que propició el establecimiento de esas instituciones y, además, de superar los conocimientos aislados de las disciplinas especializadas que rompieron con los saberes integrales de la filosofía y que excluyeron la justicia de los debates. Por esa razón, cuando la segunda gran conflagración bélica que asoló Europa en el siglo XX había terminado, Russell y Einstein advertían que la derrota que los aliados habían infligido a sus *enemigos* no garantizaría la paz porque no se trataba solo de conocer las medidas que garantizan una victoria militar, sino de establecer un nuevo saber capaz de crear un nuevo orden social.

Tenemos que aprender a preguntarnos –dicen los sabios–, no sobre las medidas que deben tomarse para asegurar la victoria militar (...) sino sobre las medidas que deben adoptarse para evitar una contienda militar cuyo resultado será desastroso para todas las partes...

En efecto, habiendo analizado el camino que tomaba la humanidad en los primeros años de la posguerra, esto es, habiendo constatado que las nuevas potencias nucleares estaban entrando en una nueva racionalidad soberanista de la interdependencia y, en este caso, en una carrera armamentista que se manifestaba en un fragilísimo equilibrio que se denominaba guerra fría, los sabios se preguntaban:

*¿Podrá la humanidad renunciar a la guerra, o pondremos fin a la raza humana?*

F. *Sexta*: Ha pasado más de medio siglo del establecimiento del denominado derecho internacional contemporáneo, y la inquietante pregunta de Russell y Einstein propuesta durante los primeros años de la guerra fría sigue teniendo vigencia: ¿transformaron las instituciones del denominado derecho internacional contemporáneo la estructura estadocéntrica del orden global y limitaron de manera efectiva la razón de Estado y el soberanismo? No obstante, lo más inquietante de esta pregunta es que todavía se debe proponer en los términos kantianos: ¿era posible pedirle a los Estados, que nacieron bajo el absolutismo renacentista y, en ese sentido, en la afirmación de su soberanía y en la negación de un orden superior a ellos, que establecieran

límites a su propia soberanía en aras de construir un orden superior a ellos fundado en la dignidad humana, la cooperación y la solidaridad?

G. *Séptima*: Transcurridos los primeros años del siglo XXI, las noticias de los diarios y los análisis de los expertos les dan la razón a Russell y Einstein, pues se puede constatar, en primer lugar, que la humanidad no ha mantenido viva la consciencia que propició el establecimiento de esas instituciones fundadas en la cooperación que tienen por finalidad hacer prevalecer el multilateralismo; en segundo lugar, que los conocimientos aislados de las disciplinas siguen prevaleciendo sobre los saberes integrales que producen los debates de la filosofía y, en tercer lugar –y como una consecuencia de las dos afirmaciones anteriores–, que la racionalidad derivada de la interdependencia y del soberanismo sigue prevaleciendo en la política internacional. Por esa razón, lo más desolador es que la pregunta de Russell y de Einstein se puede proponer en los términos de Tucídides: ¿podían los acuerdos alcanzados tras las denominadas guerras mundiales fundar un nuevo orden global, o no eran más que armisticios en una guerra eterna? O, utilizando los versos de Eurípides que se invocan a manera de exordio de este ensayo, ¿podemos los “mortales”, que sabemos que en tiempos de paz los niños crecen y la sociedad prospera, evitar “las guerras que nos convierten en esclavos del inferior...”?

## BIBLIOGRAFÍA

### LIBROS

- AHLSTRÖM, C. y NORDQUIST, K.-A. (1991). *Las víctimas de los conflictos*, Suecia: Departamento de Investigaciones sobre Paz y Conflictos, Universidad de Uppsala.
- ARON, R. (1961). *Dimensions de la conscience historique*, Paris: Plon.
- CASSIRER, E. (1993). *Antropología filosófica*, México: Fondo de Cultura Económica.
- CORTINA, A. (1986). *Crítica y utopía: la Escuela de Frankfurt*, Madrid: Cincel.
- DUPUY, P.M. (1998). *Droit International Public*, Paris: Dalloz.
- GAARDNER, J. (1995). *El mundo de Sofía*, Madrid: Ediciones Siruela y Norma.
- GANDHI, M. (1983). *Todos los hombres somos hermanos*, Madrid: Unesco y Sociedad de Educación Atenas.

- HABERMAS, J. (1984). *Ciencia y técnica como ideología*, Madrid: Tecnos.
- HESSEN, J. (1970). *Teoría del conocimiento*, 12<sup>a</sup>. ed., Madrid: Espasa Calpe.
- HERÓDOTO. (1968). *Los nueve libros de la historia*, Barcelona: Iberia.
- HOMERO. (2012). *La Iliada*, Bogotá: Libros Hidalgo.
- HORKHEIMER, M. (1966). *Sociología*, Madrid: Taurus.
- JONES, E. (2003). *Vida y obra de Sigmund Freud*, Barcelona: Anagrama.
- KAUFMANN, A. (1999). *Filosofía del derecho*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- KANT, I. (1979). *Lo bello y lo sublime. La paz perpetua*, Madrid: Espasa Calpe.
- KELSEN, H. (1991). *Teoría pura del Derecho*, Universidad Nacional Autónoma de México.
- KELSEN, H. (2008). *La paz por medio del derecho*, Madrid: Editorial Trotta.
- KEYNES, J. M. (1987). *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona: Crítica.
- KEYNES, J. M. (1960). *La teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Oxford University Press.
- MARCUSE, H. (1970). *Ensayos sobre política y cultura*, Barcelona: Editorial Ariel.
- MARCUSE, H. (1969). *El hombre unidimensional*, Barcelona: Seix Barral.
- MARCUSE, H. (1969). *Eros y civilización*, Barcelona: Seix Barral.
- MARCUSE, H. (1973). *Un ensayo sobre la liberación*, México: Joaquín Mortiz.
- THOMAS R., M. (1996). *Ancient Greece from Prehistoric to Hellenistic*, USA: Yale University Press.
- MARTÍNEZ MARZOA, F. (1973). *Historia de la filosofía*, Madrid: Istmo.
- MORGENTHAU, H. J. (1986). *Política entre las naciones: la lucha por el poder y la paz*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- RAWLS, J. (2011). *El derecho de gentes*, Madrid: Paidós.

- RICHEPIN, J. (1957). *Mitología clásica*, Libro I, México: Unión Tipográfica Hispano Americana, Uteha.
- ROUDINESCO, E. (2015). *Freud. En su tiempo y el nuestro*. Madrid: Debate.
- RUSSELL, B. (1952). *El impacto de la ciencia en la sociedad*, Madrid: Aguilar.
- RUSSELL, B. (1938). *Power: A New Social Analysis*, Nueva York: Routledge.
- SCHWARZENBERGER, CH. (1951). *Power Politics*, Londres.
- SORENSEN, M. (2011). *Manual de derecho internacional público*, México: Fondo de Cultura Económica.
- SERRES, M. (2011). *Historia de las ciencias*, Madrid: Editorial Cátedra.
- TOLSTÓI, L. (1980). *Resurrección*, Bogotá: Ediciones Universales.
- TOYNBEE, A. (1963). *Estudio de la historia*, Madrid: Edhasa.
- TUCÍDIDES. (1992). *Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid: Editorial Gredos.
- TRUYOL Y SERRA, A. (1998). *La sociedad internacional*, Madrid: Alianza Universidad.
- VON CLAUSEWITZ, K. (1984). *De la guerra*, Barcelona: Editorial Labor.
- WALLERSTEIN, I. (1998). *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, México: Siglo XXI.
- ZWEIG, S. (1942). *El pensamiento vivo de Tolstói*, Buenos Aires: Losada.

#### CAPÍTULOS DE LIBRO

- EURÍPIDES. (1977). Las suplicantes, en *Tragedias*, 3 vols., 488, Madrid: Gredos, Biblioteca Clásica.
- KELSEN, H. (2008). Prefacio, en KELSEN, H. (2008). *La paz por medio del derecho*, Madrid: Editorial Trotta.
- RUSSELL, B. (1956). El impacto de la ciencia en la sociedad, en *Obras escogidas. Filosofía, ensayo, novela*, Madrid: Aguilar.

VERSIONES ELECTRÓNICAS DE LIBROS  
O CAPÍTULOS DE LIBRO

*Encyclopedia Britannica*. (s.f). “Arnold Toynbee British historian”, en *Encyclopedia Britannica*. Se consultó la versión electrónica de [www.britannica.com/biography/Arnold-Joseph-Toynbee](http://www.britannica.com/biography/Arnold-Joseph-Toynbee)

DOCUMENTOS DE PRENSA

BERTRAND, R.; M. BORN; P. W. BRIDGMAN; A. EINSTEIN; L. INFELD; F. JOLIOT-CURIE; G. J. MULLER; L. PAULING; C. F. POWELL; J. ROTBLAT y H. YUKAWA. (10/07/1955). “El manifiesto por la paz”, en *The New York Times*.